

SU PALABRA DE HONOR

El presidente de la red ferroviaria colocó sobre su escritorio la carta que había leído tres veces, Y se dio vuelta en su sillón con una expresión de intensa molestia.

-Me gustaría que fuese posible hallar a un muchacho o a un hombre entre mil que quisiera recibir instrucciones y ejecutarlas al pie de la letra, sin apartarse un ápice de ellas -dijo lentamente.

-Cornelio -dijo mirando vivamente a su hijo, quien estaba sentado ante un escritorio cercano-, supongo que estás aplicando mis ideas con tus hijos. No los he visto mucho últimamente. Ciro me parece un joven promisorio, pero no estoy muy seguro de Cornelio. Parece que Cornelio Woodbridge III está adquiriendo un sentido muy grande de su propia importancia, lo que no es deseable, no, de ninguna manera deseable. A propósito, Cornelio, ¿aplicaste ya a tus hijos la prueba de Ezequías Woodbridge? Cornelio Woodbridge hijo apartó la mirada de su trabajo con una sonrisa y dijo:

-Todavía no, papá.

-Es una tradición de familia; y si se ha ejercido el debido cuidado para que los muchachos no sepan nada de ella, será una prueba para ellos, como lo fue para ti, para mí y para mi padre. ¿Te olvidaste del día en que te sometí a ella, Cornelio?

-Eso sería imposible -dijo su hijo, siempre sonriente. Los rasgos algo severos del anciano se suavizaron y se echó a reír mientras se reclinaba hacia atrás en su sillón.

-Hazlo en seguida -sugirió-, y haz de ello una prueba dura. Tú conoces sus características; apriétalos fuerte. Yo me siento bastante seguro de Ciro, pero en cuanto a Cornelio...

Y sacudió la cabeza como dudando, y volvió a alzar la carta. Repentinamente se dio vuelta de nuevo.

-Hazlo el jueves, Cornelio -dijo, con autoridad-, y cualquiera de ellos que la pase debidamente nos acompañará en la gira de inspección. Me parece que esto sería una buena recompensa para cualquiera de ellos.

-Muy bien, papá -contestó el hijo, y los dos hombres siguieron trabajando sin hablar más. Tenían la costumbre de atender sus negocios importantes con la menor cantidad posible de palabras.

El jueves de mañana, inmediatamente después del desayuno, Ciro Woodbridge fue llamado a la oficina de su padre. Se presentó en seguida. Era un muchacho de unos quince años, de mejillas redondas y ojos brillantes, y parecía estar siempre alerta.

-Ciro -dijo su padre-, tengo una tarea para ti, de carácter tal que no puedo explicártela. Quiero que lleves este sobre -y le alcanzó un sobre grande y abultado-y que, sin decir nada a nadie, sigas sus instrucciones al pie de la letra. Quiero que me des tu palabra de honor de que así lo harás. Dos pares de ojos se miraron mutuamente por un momento; singularmente semejantes en cierta expresión grave que se había convertido en gran agudeza en el hombre, pero que en el niño revelaba todavía tan sólo un carácter extremadamente despierto. Ciro Woodbridge tenía un compromiso con un amigo media hora después, pero respondió instantánea y firmemente:

-Lo haré papá.

-¿Me das tu palabra de honor?

-Sí, papá.

-Es todo lo que quiero. Ve a tu pieza, lee las instrucciones.

Luego sal en seguida. El Sr. Woodbridge volvió a sumirse en sus tareas tras expresar la señal de asentimiento y la sonrisa de despedida que Ciro conocía muy bien. El muchacho se fue a su pieza y abrió el sobre tan pronto como hubo cerrado la puerta. Estaba lleno de sobres menores, numerados ordenadamente. Estaban envueltos en una hoja de papel en la cual se hallaba escrito a máquina lo siguiente: "Ve a la sala de lectura de la biblioteca de Westchester. Allí abre el sobre N° 1. Acuérdate de mantener secretas todas las instrucciones". Ciro dejó escapar un silbido.

-¡Esto es raro! Significa que mi compromiso con Haroldo queda roto. Bien, ¡ahí vamos! Se detuvo en el camino para telefonar a su amigo respecto a su tardanza, tomó un tranvía que iba a la avenida de Westchester, Y a los veinte minutos estaba en la biblioteca.

Buscó un lugar apartado y abrió el sobre N° 1.

"Ve al despacho de W. K Newton, oficina 703, piso 10, edificio Norfolk, calle X; llega allí a las 9:30 de la mañana. Pide la carta dirigida a Cornelio Woodbridge hijo. En el viaje de regreso, mientras estés en el ascensor, abre el sobre N° 2".

Ciro empezó a reírse. Pero al mismo tiempo se sentía algo irritado.

-¿Qué está buscando mi padre? -se preguntaba perplejo-. Aquí estoy lejos del centro y me ordena que vuelva al edificio Norfolk. Pasé delante de él cuando venía. Debe haber cometido un error. Sin embargo, me dijo que obedeciera las instrucciones. Por lo general sabe exactamente por qué hace las cosas.

Mientras tanto, el Sr. Woodbridge había mandado llamar a su hijo mayor, Cornelio. Un joven alto, de diecisiete años, con los párpados caídos y un ligero acento en el habla como peculiaridades, se acercó lentamente a la puerta de la oficina. Antes de entrar enderezó los hombros, pero no apresuró el paso.

-Cornelio -dijo su padre prestamente-, quiero mandarte a realizar un trámite de cierta importancia, pero que posiblemente te resultará algo molesto. No tengo tiempo para darte las instrucciones, pero las hallarás en este sobre. Quiero que guardes estrictamente en reserva el asunto y tus movimientos. ¿Me das tu palabra de honor de que puedo confiar en que seguirás las órdenes hasta el mínimo detalle?

Cornelio se puso un par de anteojos, y extendió la mano para tomar el sobre. Casi afectaba indiferencia. El Sr. Woodbridge retuvo el paquete y habló con decisión:

-No puedo dejarte mirar las instrucciones hasta que tenga tu palabra de honor de que las cumplirás.

-¿No es mucho pedir, papá?

-Tal vez -dijo el Sr. Woodbridge-, pero no es más de lo que se pide cada día a los mensajeros de confianza. Yo te aseguro que las instrucciones son mías y representan mis deseos.

-¿Cuánto tiempo requerirá? -preguntó Cornelio, agachándose para sacar una imperceptible manchita de polvo de sus pantalones.

-No considero necesario decírtelo. Había algo en la voz de su padre que hizo erguir al lánguido Cornelio y avivó su habla.

-Por supuesto que iré -pero no hablaba con entusiasmo.

-¿Y tu palabra de honor? -Por cierto que te la doy, papá. Y la vacilación previa a su promesa fue tan sólo momentánea.

-Muy bien. Confío en ti. Ve a tu habitación antes de abrir tus instrucciones. Y Cornelio, al igual que su hermano, salió algo perplejo de la oficina ese memorable jueves de mañana, para encontrar que la primera orden lo enviaba a un barrio apartado de la ciudad con la indicación de llegar allí en cuarenta y cinco minutos. Mientras tanto, en un tranvía, Ciro se dirigía a otro suburbio. Después de recibir la carta en el 10° piso del edificio Norfolk, había leído: "Toma el tranvía que cruza la ciudad en la calle L, trasládase a la avenida Louisville y dirígete a la zona de Kingston. Busca la esquina de las calles West y Dwight y abre el sobre N° 3". Ciro estaba cada vez más perplejo, pero también se interesaba cada vez más en ese asunto. En la esquina especificada abrió apresuradamente el sobre N° 3, pero para gran asombro suyo, encontró tan sólo esta indicación singular:

"Toma el subterráneo y baja en la estación de la calle Duane. De allí ve a la oficina de diario El Centinela y consigue un ejemplar de la tercera edición del número de ayer.

Abre luego el sobre N° 4".

-Pero, ¿para qué me mandó a Kingston? -exclamó Ciro en alta voz. Tomó el siguiente tren subterráneo, pensando pesadamente en su compromiso roto con Haroldo Dunning, y en ciertos planes que tenía para la tarde y que estaba empezando a temer que habrían de arruinarse si continuaba esta acción aparentemente sin fin ni objeto. Miró el paquete de sobres sin abrir.

-Sería fácil abrirlos todos y ver en qué consiste el juego -pensó.

-Nunca he sabido que mi padre hiciese una cosa semejante antes. Si es una broma -se dijo mientras sus dedos tanteaban el sello del sobre N° 4 lo mejor sería descubrirla enseguida. Sin embargo, papá nunca habría de bromear con la promesa de uno. "Mi palabra de honor" es muy importante.

Por supuesto, voy a perseverar hasta el fin. Pero ya tengo hambre. Pronto será hora de almorzar.

Faltaba todavía; pero cuando Ciro recibió dos veces la orden de cruzar la ciudad, y una vez la de subir a la cima de un edificio de dieciséis pisos en el cual no funcionaba el ascensor, eran más de las doce, y se hallaba en condiciones de encontrar muy satisfactorio el sobre N° 7 en el cual leyó:

"Ve al Restaurante Reynaud, en la Plaza Westchester. Toma asiento en una mesa del reservado de la izquierda. Pide al mozo la tarjeta de Cornelio Woodbridge hijo. Antes de pedir el almuerzo abre el sobre N° 8 y lee su contenido".

El muchacho no perdió tiempo para obedecer esta orden y se hundió en el asiento reservado con un suspiro de alivio. Se enjugó la frente y bebió de un solo trago un vaso de agua fresca. Era un caluroso día de octubre y los dieciséis pisos habían representado un esfuerzo penoso. Pidió la tarjeta de su padre, y luego se sentó a estudiar el atrayente menú.

-Puede Ud. traerme... -se detuvo un momento y luego dijo riendo:

-Sí, creo que tengo bastante hambre como para comérmelo todo. Así que empiece con... De pronto recordó lo que debía hacer, se detuvo, y con pocas ganas sacó el sobre N° 8 y lo abrió.

-Un minuto -murmuró dirigiéndose al mozo.

Luego su rostro se enrojeció y tartamudeó:

-Pero, pero, esto no puede ser.

El sobre N° 8 debía haber sido de luto, a juzgar por el pesar que le causó la orden que le daba de ir a un salón de conferencias para oír hablar a un famoso disertante científico. Pero ya se había excitado la sangre Woodbridge, y con una expresión parecida a la de su abuelo Cornelio cuando estaba muy indignado, Ciro salió de ese lugar encantador para dirigirse al salón de conferencias.

-¿Quién tiene ganas de escuchar una conferencia con el estómago vacío? -gimió.

-De todos modos supongo que se me ordenará que salga apenas me siente y estire las piernas. Me pregunto si papá no ha estado un poco mal de la cabeza. Siempre dice que no hay que malgastar el tiempo, y hoy lo estoy desperdiciando a granel. Posiblemente está haciendo esto para probarme. Lo cierto es que no me va a cansar tan pronto como piensa. Seguiré adelante hasta caerme muerto.

Sin embargo, cuando recibió la orden de salir del salón de conferencias e irse a cinco kilómetros, a una cancha de fútbol, y luego se le ordenó que se apartara de allí sin ver el partido que hacía una semana deseaba ver se disgustó intensamente.

Durante toda aquella larga y calurosa tarde corrió por la ciudad y los suburbios, con creciente cansancio y hambre. Lo peor era que las órdenes empezaban a asumir forma de programa y le ordenaban estar en un lugar a las 15:15, en otro a las 16:05, y así sucesivamente, lo cual le impedía estar ocioso, si hubiese tenido inclinación a ello. En todo esto no podía ver propósito alguno, excepto el posible deseo de probar su resistencia física. Era un muchacho fuerte; de lo contrario, habría quedado agotado mucho antes de llegar al sobre N° 17, después del cual quedaban solamente tres en el paquete. Este decía: "Llega a casa a las 18:20. Antes de entrar en la casa lee el sobre N° 18".

Apoyado en uno de los grandes pilares de piedra blanca del vestíbulo de su casa, Ciro abrió con ademán cansado el sobre N° 18, y las palabras parecieron bailar delante de sus ojos; tuvo que restregárselos para asegurarse de que no se equivocaba:

"Vuelve a la zona de Kingston, a la esquina de las calles West y Dwight; llega allí a las 18:50 y lee allí el sobre N° 19".

El muchacho miró hacia las ventanas, finalmente bastante airado. Si su orgullo y su idea del significado de la expresión: "Mi palabra de honor", no hubiesen predominado, se habría revelado y habría entrado en forma desafiante y tormentosa. Sin embargo, se quedó durante un largo minuto apretando los puños y los dientes; luego se dio vuelta, bajó las escaleras y dio la espalda a la cena que tanto anhelaba, en busca de la calle L y del tranvía que lo habría de llevar de nuevo a la zona de Kingston. Mientras lo hacía, dentro de la casa, detrás de las cortinas, desde donde estaba mirando ansiosamente, el anciano Cornelio Woodbridge se dio vuelta, y golpeando las palmas se restregó las manos satisfecho.

-Vino y se fue -exclamó suavemente-, llegó exactamente a la hora indicada.

Cornelio hijo ni siquiera alzó los ojos del diario vespertino mientras contestaba quedamente: "¿De veras?" Pero se aflojaron un tanto las comisuras de sus labios.

El tranvía parecía arrastrarse interminablemente hacia la zona de Kingston. Cuando por fin se estaba acercando al término de su viaje, una fuerte tentación se apoderó del joven Ciro. Había estado allí una vez ese día en cumplimiento de una diligencia sin propósito. La esquina de las calles West y Dwight se encontraba a más de ochocientos metros de donde paraba el tranvía, y era un lugar casi despoblado. Tenía las piernas muy cansadas; el estómago le dolía de hambre. ¿Por qué no esperar el intervalo que se

necesitaría para caminar hasta la esquina y volver, leer el sobre N° 19 y ahorrarse el esfuerzo? Ciertamente había hecho bastante para demostrar que era un mensajero fiel.

¿Pero lo había hecho? Ciertas palabras bien conocidas acudieron a su mente; las había tenido que escribir en su cuaderno de caligrafía en sus primeros días escolares: "Una cadena no es más fuerte que su eslabón más débil". Ciro saltó del tranvía antes de que éste se hubiese detenido y se dirigió a paso apresurado hacia la esquina de las calles West y Dwight. No debía haber puntos débiles en su palabra de honor. Firmemente llegó al límite indicado, y hasta tomó el camino más largo para dar la vuelta. Cuando emprendía el regreso, debajo del farol de la esquina se presentó repentinamente un mensajero de la ciudad. Se acercó a Ciro y sonriendo le extendió un sobre.

-Se me ordenó que le diese esto -dijo-, si nos encontrábamos. Si Ud. hubiese llegado después de las 19:05 no lo habría recibido, pues yo debía regresar. Ud. tuvo un margen de siete minutos y medio. Son órdenes raras, pero el presidente del ferrocarril, el Sr. Woodbridge, me las dio.

Ciro se volvió al tranvía congratulándose de haber cumplido las órdenes y esto fortaleció un poco sus músculos. Este último incidente demostraba claramente que su padre lo estaba sometiendo a una prueba severa de alguna clase, y no podía dudar de que lo hiciera con un propósito. Su padre era un hombre que hacía las cosas con un fin determinado en vista. Ciro pensó en los incidentes del día y escudriñó su memoria para asegurarse de que no había pasado por alto ningún detalle del servicio que se esperaba de él.

Cuando volvió a ascender las gradas de su casa estaba tan confiado en que sus labores habían terminado que casi se olvidó de abrir el sobre N° 20, que debía leer en el vestíbulo antes de entrar en la casa. Cuando ya tenía el dedo sobre el botón del timbre, se acordó de ello y con un suspiro rompió el sobre final: "Da media vuelta y ve a la estación de la calle Lenox, del ferrocarril B, y llega allí a las 20:05. Espera al mensajero en el extremo oeste de la estación".

Esto era un golpe, pero Ciro se había sobrepuesto a otros. Se sentía como una máquina, una máquina vacía, que podía seguir marchando indefinidamente.

Llegó con facilidad a tiempo a la estación de la calle Lenox. El gran reloj indicaba sólo las 20:01. En el lugar designado se encontró con el mensajero, Ciro lo reconoció, era el camarero de uno de los trenes de la línea que presidían su abuelo y su padre. Sí, era el camarero del coche especial de los Woodbridge. Traía una tarjeta para el muchacho, que decía así:

"Entrega al camarero la carta del edificio Norfolk, la tarjeta recibida en el restaurante, la entrada para la conferencia, el ejemplar de El Centinela de ayer y el sobre recibido en Kingston".

Ciro entregó en silencio esas cosas, contento porque no le faltaba ninguna. El camarero se fue con ellas, pero volvió a los tres minutos.

-Venga por aquí -dijo, y Ciro lo siguió, mientras el corazón le latía muy rápidamente. Sobre la vía reconoció el coche particular del presidente Woodbridge. Y él sabía que el abuelo Cornelio iba a iniciar una gira por sus propias líneas y algunas otras, que iba a incluir un viaje a México.

¿Podría ser...? En el coche, su padre y su abuelo se levantaron para recibirlo. Este le extendió la mano.

-Bravo, muchacho -dijo con una amplia sonrisa-, pasaste la prueba, la prueba de Ezequías Woodbridge. Se puede confiar en tu palabra de honor. Vas a recorrer con nosotros diecinueve estados de este país y México. ¿Es suficiente esta recompensa por un día de penurias?

-Creo que sí, abuelito -contestó Ciro, reflejando en su redonda cara la sonrisa de su abuelo, pero intensificada.

-¿Fue una prueba dura, Ciro? -preguntó con interés el anciano Woodbridge. Ciro miró a su padre.

-No me parece, ... al menos ahora -dijo. Ambos hombres se rieron.

-¿Tienes hambre?

-Bueno, un poquito, abuelo.

-Se nos servirá la cena tan pronto como salgamos. Tenemos que esperar solamente seis minutos. Temo, sí, me temo mucho... -y el anciano caballero se dio vuelta para mirar escrutadoramente por la ventanilla del coche hacia la estación-, mucho me temo que la palabra de honor de otro muchacho no... Se enderezó con el reloj en la mano. Vino el guarda y se quedó esperando órdenes.

-Dos minutos más, Sr. Jefferson -dijo.

-Un minuto y medio, un minuto, medio minuto.

Entonces habló severamente:

-Arranque exactamente a las 20:14. El camarero entró apresuradamente y entregó un puñado de sobres al anciano Cornelio. El caballero los miró.

-Sí, sí, muy bien -exclamó, con las mayores pruebas de excitación que Ciro hubiese visto jamás en sus modales generalmente tranquilos. En el momento en que el tren hacía el primer movimiento suave de partida, apareció una persona en la portezuela. Tranquilamente y sin faltarle el aliento, Cornelio Woodbridge III entró en el coche.

Entonces el abuelo Woodbridge asumió un aire impresionante. Avanzó, estrechó la mano de su nieto como si estuviese saludando a un distinguido miembro del directorio, luego se volvió hacia su hijo, y le estrechó la mano también solemnemente.

-Te felicito, Cornelio -dijo-, por poseer dos hijos cuya palabra de honor es irreprochable. La menor desviación del programa bosquejado habría resultado un desastre. Diez minutos de tardanza en diferentes puntos les habrían impedido obtener los documentos requeridos. Tus hijos no fracasaron. Se puede confiar en ellos. El mundo necesita hombres de este calibre. Te felicito sinceramente. Ciro se alegró de poder escapar en seguida con Cornelio a su camarote.

-Dime, ¿qué tuviste que hacer? -le preguntó ávidamente.

-¿Te tocó recorrer la ciudad hasta no poder más?

-No, no me tocó eso -dijo Cornelio, en tono serio, mientras se secaba la cara.

-Me pasé todo el día en una piecita en la parte superior de un edificio vacío, teniendo que hacer exactamente diez viajes por las escaleras hasta la planta baja para recibir varios sobres en determinados momentos. No pude probar bocado ni tuve nada que hacer, y no podía ni siquiera echarme una siestecita por temor a que se me pasase por alto alguna de las citas que tenía que cumplir en la planta baja.

-Creo que tu suerte fue peor que la mía --comentó Ciro.

-Ya lo creo. Si no estás seguro, haz la prueba.

-A cenar, muchachos -dijo la voz de su padre en la puerta, y por supuesto que no se hicieron rogar.

G. Richmond

La honestidad demostrada es el más seguro de todos los juramentos. -Mme. Necker.